

*The Teacher Wars. A History of America's Most Embattled Profession*, de Dana Goldstein. Nueva York: Doubleday, 2014. 349 pags.

A primera vista, este libro tiene poco que ver con la agenda educativa actual de América Latina. Se trata de una historia de la profesión docente en Estados Unidos que abarca desde principios del siglo XIX hasta el gobierno de Barack Obama. En relación a este tema específico, es una obra muy ilustrativa. El repaso histórico nos informa sobre los muchos cambios de rumbo, los numerosos conflictos y las grandes batallas que se sucedieron en el correr de casi doscientos años, al mismo tiempo que nos pone en contacto con figuras poco conocidas en estas latitudes, como la reformadora escolar Catharine Beecher (que en la década de 1830 contribuyó de manera decisiva al desarrollo de los institutos normales), la maestra y militante social Margaret Haley (que en la década de 1890 lideró el primer sindicato de maestros) y William E. B. Du Bois (promotor, en el cambio de siglo, de la incorporación de los afroamericanos a la formación y al ejercicio de la docencia). Junto a estas figuras aparecen otras más conocidas como Horace Mann, John Dewey o el legendario sindicalista Al Shanker.

En otro sentido, en cambio, este libro tiene mucho interés para cualquiera que se proponga reflexionar sobre la docencia como factor clave de la vida educativa. Los debates y conflictos que Dana Goldstein relata y analiza están lejos de ser curiosidades locales. Más bien confirman que, con las diferencias que inevitablemente aparecen cuando se cambia de tiempo y de contexto, los grandes desafíos e interrogantes tienden a repetirse en todas las sociedades democráticas.

Este es un hecho relativamente fácil de percibir cuando se hacen comparaciones en tiempo presente. La insatisfacción docente, por ejemplo, es hoy un problema tan presente en Estados Unidos como en cualquiera de nuestros países (Goldstein nos informa que, en 2012, sólo el 39% de los docentes estadounidenses se declaraba "muy satisfecho" con su vida profesional). Lo mismo ocurre con la existencia de fuertes voces críticas sobre el modo en que se ejerce la docencia. Pero este libro nos permite verificar que la reiteración de ciertos problemas y conflictos no es un fenómeno coyuntural sino una tendencia de largo plazo. Las sociedades democráticas se han visto

enfrentadas más o menos a los mismos dilemas a la hora de edificar sus sistemas educativos, lo que frecuentemente las ha llevado a tener las mismas discusiones, aunque no necesariamente en el mismo momento.

Un ejemplo particularmente interesante es el contraste de visiones acerca del modo en que debe organizarse la formación docente. Estados Unidos tiene, como varios de nuestros países, una larga tradición normalista. La construcción de una red de escuelas públicas iniciada por Horace Mann en Massachusetts fue acompañada casi desde el principio por la construcción de una red de instituciones específicamente dedicadas a la formación de futuros docentes. Entre 1840 y 1870, el número de institutos normales en ese estado pasó de 3 a 22. Esta expansión fue, a su vez, acompañada de otros procesos como la feminización de la profesión docente (que antes había estado predominantemente en manos de hombres), la consolidación de diferencias salariales en perjuicio de las mujeres y la aparición de los primeros síntomas de desprecio hacia la calidad intelectual de quienes se preparaban para enseñar a las nuevas generaciones.

Esta combinación de acontecimientos fue vista como algo más que una coincidencia por las primeras feministas estadounidenses. La maestra Susan B. Anthony, una de las activistas más visibles de la época, consideraba una tragedia que la docencia se convirtiera en una “profesión de mujeres”. Dirigiéndose en 1853 a una asamblea de maestros neoyorkinos presidida por hombres, decía estas palabras que fueron recogidas por la prensa: “Me parece, caballeros, que ninguno de ustedes comprende realmente la causa del desprecio (hacia la profesión docente) del que se están quejando. ¿No ven que mientras una mujer sea considerada incompetente para ser abogado, ministro o doctor, pero ampliamente capaz de ser una maestra, cada hombre que elija esta profesión estará aceptando tácitamente que no tiene más cerebro que una mujer? ¿Y no ven que es también por esta razón que la docencia es una profesión poco lucrativa, dado que aquí los hombres tienen que competir con el trabajo barato de las mujeres?”.

Razonando de este modo, tanto Susan Anthony como Elizabeth Cady Stanton (la más intelectual de las dirigentes feministas de la época), se oponían a la creación de instituciones exclusivamente dedicadas a la formación de futuros docentes, que inevitablemente tendrían a convertirse en instituciones

dedicadas a la formación de mujeres que trabajarían en la docencia. La única manera de convertir a la docencia en una profesión tan respetable y bien remunerada como las carreras universitarias tradicionales consistía en que los futuros docentes (hombres y mujeres) se formaran en las mismas universidades en las que estudiaban los futuros médicos y abogados, y se mantuvieran en contacto cotidiano con ellos. La formación docente aislada de la vida universitaria tradicional, escribía Stanton, se convertía en “un pozo de estancamiento intelectual” y era el primer paso hacia una dinámica de discriminación salarial y menosprecio social.

Igualmente interesante es conocer la figura de Ella Flagg Young, una maestra y experta en formación docente que, al asumir en 1909 como superintendente de las escuelas públicas de Chicago, se convirtió en la primera mujer en dirigir una red de educación pública. Ese dato ya es suficientemente interesante, pero más interesante todavía es saber que Young había obtenido en 1900 un doctorado en pedagogía bajo la dirección de John Dewey, con una tesis que se titulaba “Aislamiento en la escuela”. En esa investigación criticaba el modelo de gestión que reduce a los docentes a simples “autómatas” que siguen directivas y utilizan textos seleccionados por administradores ajenos al centro educativo, y sostenía la necesidad de que todos aquellos que forman parte de una escuela (maestros, administrativos, personal directivo) se sientan parte de una comunidad en la que sea posible aprender de la experiencia de los colegas, independientemente de la posición jerárquica de cada uno.

El repaso de estos casi dos siglos de “guerras docentes” permite asimismo verificar la antigüedad de algunos problemas que a veces creemos recientes. Para mencionar solamente un caso: en los últimos años del siglo XIX, el 99.5% de los maestros recibían una evaluación positiva de parte de sus directores (que eran los encargados de evaluarlos mediante una apreciación subjetiva), pese a que los resultados en términos de retención de alumnos o de aprendizaje sugerían una realidad bastante diferente.

Tal como sugieren estos ejemplos, lo mejor de *The Teacher Wars* está en la reconstrucción de escenarios y la recuperación de debates que todavía tienen mucho para enseñarnos. La autora, periodista de profesión, consigue presentarnos un gran cúmulo de datos e ideas sin perder nunca la agilidad ni el

interés del relato. Las debilidades, en cambio, aparecen en los momentos en los que intenta conceptualizar y sacar conclusiones.

Hija y nieta de maestros, Goldstein adopta a veces una actitud innecesariamente defensiva hacia las críticas e interrogantes que genera el ejercicio de la docencia. Otras veces idealiza (como en general lo hace cuando habla de los sindicatos) o formula hipótesis interpretativas demasiado vagas y exculpatorias. Por ejemplo, en algún pasaje sugiere que la acumulación de críticas hacia los docentes “tal vez tenga algo que ver con la tensión entre nuestras desmesuradas expectativas hacia la educación como vehículo meritocrático y nuestra eterna falta de voluntad para invertir a fondo en el sector público, maestros y escuelas incluidos”. Puede que haya algo de verdad en esa explicación, pero el problema es que vuelve a colocar toda la responsabilidad en “los de afuera” del sistema educativo.

En otros casos todavía, Goldstein se sale de su área de competencia para hacer recomendaciones de política pública. Algunas de ellas son sensatas y recogen consensos muy amplios. Otras son ideas que difícilmente podría sostener en un debate con especialistas.

Pero lo peor del libro aparece cuando Goldstein se embarca en una descripción del debate contemporáneo sobre la educación estadounidense. En este punto la autora pierde toda ecuanimidad y ofrece una descripción que oscila entre la tendenciosidad y la falta de seriedad. El problema no es que Goldstein esté a favor de ciertas políticas y en contra de otras. El problema es que, al describir las ideas e iniciativas de aquellos con quienes discrepa, construye una caricatura. El propio uso del lenguaje que emplea en esas páginas está más cerca del discurso de barricada que del examen reflexivo. Los párrafos que dedica a presentar ideas que no comparte están cargados de términos como “paranoia”, “obsesión”, “amenaza”, “pánico moral”. Las explicaciones que ofrece en algunos pasajes (como las que aluden a una alianza estratégica entre la Fundación Ford y el Black Power, es decir, el sector más radical del activismo afroamericano de los años sesenta) bordean el ridículo.

Los sesgos y debilidades del libro son significativos, pero esa no es una razón para no leerlo con provecho. Se trata de una lectura que enriquece

nuestra perspectiva histórica y que, por consiguiente, nos ayuda a combatir nuestras propias ingenuidades y localismos.

*Pablo da Silveira*

UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL URUGUAY